

que los valores tienen una cierta entidad por sí. Los valores para Troeltsch no son identificables con los hechos, pertenecen a la interioridad del objeto histórico y le expresan y condicionan; son su fundamento interno. Meinecke, por su parte, admite que los valores de una parte son relativos en cuanto están vinculados a una cierta cultura, pero que por otra no son relativos, en cuanto dentro de este ámbito su validez está incondicionada. Una posición especial es la de Weber. Max Weber cree que los valores son de suyo entidades antagónicas entre las que no cabe el compromiso y que no son sino resultado del sentido de los complejos de relaciones, de tal modo que un valor es un término de referencia respecto del cual los actos humanos se orientan: de aquí que haya una elección de los valores. Esta elección de los valores no implica su objetividad metahistórica, sino al contrario, su relatividad histórica.—F. T. G.

DEVAUX (André-A.): *La philosophie comme expérience totale, selon René Le Senne*, en «Giornale di Metafisica», Genova-Università, año X, número 3, mayo-junio 1955, págs. 407-425.

Cree Devaux que lo que justifica la creciente influencia póstuma del pensamiento de Le Senne, y constituye verdadera y esencial aportación del autor de *Obstacle et Valeur* al hacer filosófico, es el relieve que concedió a la idea de *experiencia*. Una vez superados los titubeos iniciales, Le Senne no quiso encerrar su filosofía en ningún método rígido, y para superar ese peligro trató la tarea filosófica como *descripción de la experiencia*. «Dilater la philosophie aux dimensions de l'expérience», incluyendo en este concepto desde la experiencia del mundo de las cosas hasta la de lo trascendente fué la intención filosófica que, a entender de Devaux, persiguió Le Senne de manera más concreta.

Para alcanzar su objetivo reaccionó tanto contra el empirismo estrecho que restringe la experiencia a lo sensible como contra una cierta experiencia metafísica experimental y emocional. La experiencia, para Le Senne, es siempre un premio a la eficacia; es un acto, no un estado pasivo; debemos buscarla con paciencia e intentar merecerla.

Mientras el hombre permanece en el primitivo estado de espontaneidad, se encuentra ante una «unidad de la experiencia» que no ofrece aún el menor resquicio a la reflexión filosófica; esta brecha no se produce hasta que el encuentro con el obstáculo provoca una rotura en aquella unidad. En la grieta abierta por el choque empieza a distinguirse la existencia real del yo de la determinación y del yo del valor, es decir, del mí y de Dios.

En su descripción de la experiencia, Le Senne distingue tres fases: la de la urgencia, la del conocimiento frío y la de la inspiración. En la primera sentimos el obstáculo, y al sentirlo provocamos una movilización de energías ciegas. Se produce así un encogimiento de la conciencia peligrosísimo si el hombre se para ahí y no intenta llegar a conocer el obstáculo, a intelectualizarlo. En la fase del conocimiento el obstáculo se piensa, pero la inmovilización en este estadio más elevado no es menos peligrosa; aquí nos acechan dos nuevos peligros: el intelectualismo y el voluntarismo. La salida acertada sólo puede encontrarse ascendiendo a la tercera fase, la de la inspiración, que nos pone en presencia de lo metafísico. Esta fase sintetiza las tres posibles, uniendo las energías que la urgencia ha movilizad con los medios que el conocimiento teórico proporciona, en esa suma eminente en la cual el mí mismo se posee por fin, restaurado en su profunda unidad. En la fase de la inspiración entramos a comunicarnos con los valores por medio de la experiencia metafísica.

La experiencia del valor aparece como una participación de lo Absoluto, fuente de todos los valores. El sentido del valor es natural al hombre. La experiencia nos revela el carácter trascendente de aquéllos al hacernos ver que podemos captar expresiones del valor, pero, en cambio, su fondo último se nos escapa de manera inevitable y continua.

Al llegar aquí se pregunta Devaux si es posible dar a lo Absoluto sentido en la experiencia de los valores, el nombre de Dios, sin salirse del campo de la experiencia total. Le Senne, dice, creyó que es perfectamente posible para el hombre, y su obra es un incesante esfuerzo de exploración de aquellas vías que conducen, desde los valores, a Dios. Aunque algunos comentaristas se han inquietado por las calificaciones de Dios que hace la filosofía laseniana, a



juicio del autor no hay lugar para tales temores. El único Dios que el Valor nos muestra como meta final es el Dios-Persona del cristianismo. Mientras permanecemos en el horizonte de los valores finitos no salimos de la subjetividad; el rebasarla para entrar en el dominio de la personalidad exige que reconozcamos el Valor absoluto que es «la localisation d'une personnalité absolue et première». La elevación desde el sujeto intelectual a la persona espiritual se opera por medio del Valor. Esta personalidad sólo puede provenir de una Persona absoluta trascendente a nuestras personas singulares.

El resto del pensamiento de Le Senne sobre lo sagrado es, a entender de Devaux, no sólo perfectamente compatible con la doctrina del cristianismo, sino el más estimulante y espiritual que pueda encontrarse. — MARÍA ELISA MASEDA.

BERGER (Gastón): *La vocation dans la philosophie de René Le Senne*, en «Giornale di Metafisica», Genova-Università, año X, núm. 3, mayo-junio 1955, págs. 390-97.

Para Gastón Berger, la originalidad de la obra de Senne radica en que apoya su máximo esfuerzo filosófico sobre el punto en que se opera la incidencia entre la naturaleza y la libertad, entre la determinación y el valor. Por eso su metafísica quiere ser concreta y su caracteriología, filosófica. Separar ambas tareas, creer que Le Senne hizo, por un lado, filosofía y, por otro, caracteriología, es no entender lo más radicalmente propio de su labor.

Este es el motivo de que ocupe en su tarea importante lugar el tema de la vocación, es decir, la idea de la relación que se opera en nosotros entre nuestras disposiciones congénitas o adquiridas y la exigencia de la perfección que nos acucia. En palabras del propio Le Senne, la vocación debe aparecer «comme le hiatus provisoire entre ce qui est et ce qui doit le remplacer», porque es una relación entre el determinismo de la naturaleza y el poder de una llamada, que siendo ilimitada debe, sin embargo, constreñirse a las fronteras impuestas por aquella humana naturaleza.

Pero si el hombre se encuentra, por un lado, sumergido en una naturaleza

que le determina, y, por otro, llamado por una trascendencia que le orienta, ¿no corre el peligro de perder dos veces su libertad? Berger cree que la obra de Le Senne puede ayudarnos a llegar a la correcta respuesta negativa. La situación del hombre nunca nos será perfectamente diáfana, pero una sana filosofía nos hará concluir que, tal cual se nos da, esa situación es la única que nos podría permitir un verdadero ejercicio de la libertad.

El hacer filosófico no podrá limitarse, visto desde esta atalaya, a ordenar nociones generales ni a distinguir conceptos; tendrá que favorecer un progreso real de la libertad de las personas. Para ello será preciso saber qué tareas concretas tendrá que llevar a cabo un determinado hombre que se encuentre en tal determinada situación y tenga tal determinado carácter. Ese es el objeto profundo y verdadero de la caracteriología. Su alcance pedagógico sólo viene a ocupar, para Berger, un lugar accidental y sobreañadido. Del mismo modo que para Platón el valor eminente de las ciencias no radica en sus aplicaciones prácticas, sino en que habitúan al alma a contemplar las ideas despegándose de lo sensible, la caracteriología debe, ante todo, revelarnos cuál es nuestra naturaleza personal para que descubramos cuáles son nuestros propios caminos de progreso y salvación, puesto que si bien es cierto que todo es posible y el mal radical no existe, también es verdadero que no todas las cosas son posibles a todos los hombres: «La llamada es infinita, pero nosotros tenemos límites, y éstos no se colocan en todos los hombres en los mismos lugares».

Para ser optimista basta saber que cualquier naturaleza psicológica puede encontrar vías hacia el Valor. Ciertamente que nuestras naturalezas singulares esbozan anticipadamente qué actos serán para nosotros más fáciles y qué actitudes nos resultarán más espontáneas, pero la idea de vocación nos advierte que la llamada hacia el Valor no es una fuerza, sino una invitación a la que podemos o no responder. La respuesta nos obliga a actuar lo mejor posible dentro de nuestras propias y personalísimas posibilidades.

Tal es el esquema que Berger dibuja sobre el pensamiento de Le Senne acerca de la vocación. — MARÍA ELISA MASEDA.